

## La guerra: obsesión de un adicto

Por Elisa Guadalupe CUEVAS LANDERO\*

*Arrastrados por el torbellino de esta época de guerra, sólo unilateralmente informados, a distancia insuficiente de las grandes transformaciones que se han cumplido ya o empezian a cumplirse sin atisbo alguno del futuro que se está estructurando, andamos descaminados en la significación que atribuimos a las impresiones que nos agobian y en la valoración de los juicios que formamos.*

PARECIERA QUE EL PÁRRAFO ANTERIOR hubiese sido escrito hoy y no en 1915 por Sigmund Freud en sus *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*.<sup>1</sup> Hoy volvemos a experimentar esa sensación de ser arrastrados por el torbellino que genera toda guerra. Como nunca, padecemos la desinformación. Y la *distancia* insuficiente respecto del poder más grande del mundo contemporáneo —Estados Unidos— nos conduce a sentirnos arrastrados nuevamente hacia un incierto y desesperanzador futuro.

Iniciado el siglo XXI nos encontramos nuevamente ante la circularidad de la historia y ante el dilema de la guerra.

Con todo y el *desarrollo civilizatorio*, las fuerzas que originan en el hombre la búsqueda constante del conflicto siguen siendo tan primitivas como él mismo. Los conflictos de interés y de opinión permanecen como causas generadoras de choques violentos, en los que la humanidad completa es puesta en riesgo cuando los conflictos de intereses de unos pocos buscan reacomodarse e imponerse sobre otros.

Desde el punto de vista freudiano, el origen de la violencia en el hombre se encuentra en una fuerza natural básica que conoce arreglos y posibilidades infinitos y que se gesta en su propia estructura psíquica, dando origen a la agresión o destrucción franca y abierta: *thánatos*;

\* La maestra Elisa Guadalupe Cuevas Landero es profesora en la ENEP Acatlán, UNAM. E-mail: <elisag@servidor.unam.mx>.

<sup>1</sup> Sigmund Freud, "Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte", en *Obras completas*, España, Nueva Hólade (edición hipertextual multimedia), 1995, p. 1.

aunque en el propio hombre esa fuerza, que lo inclina hacia la violencia en su infinitud de manifestaciones, se neutraliza, se equilibra o guarda un punto de tensión saludable (a veces, pues no siempre es así) con otra fuerza igual, pero que opera en un sentido exactamente contrario: *eros*, la cual hace de contrapeso y, por tanto trata de contener la carga de agresividad natural del hombre.

No sólo las llamadas ciencias de la conducta dan cuenta de las pulsiones naturales del hombre: casi todos los autores clásicos de la ciencia política y la sociología han reconocido también que el hombre se ve impulsado por instintos primitivos, a los cuales llaman de distintas maneras, pero que finalmente hacen alusión a esas dos pulsiones reconocidas por Freud de *eros* y *thánatos*. Veamos algunos ejemplos.

Thomas Hobbes sostiene, en su erudito y vigente libro *Leviatán*, que el hombre se mueve con base en dos instintos primitivos: el deseo y la aversión. El deseo está íntimamente relacionado con la riqueza y la codicia o con la necesidad de hacer daño a otro “para obligarle a lamentar algún hecho cometido, *afán de venganza*”.<sup>2</sup> Y la aversión —temor— que tal afán le cause será superada por la fuerza del deseo que siempre será mayor; claro que no todos los hombres se mueven atendiendo sólo a sus instintos: se destacan aquellos que al dominarlos logran conquistar la razón. Misma que no se da de manera natural en cada individuo según el autor, sino que es el resultado del trabajo constante, por lo cual no todos la llegan a tener en el mismo grado. Así, en la concepción hobbesiana existen individuos más y menos capaces. De ahí también, y en consecuencia, que no cualquiera puede ser gobernante. Los hombres de Estado tienen que ser aquellos que han logrado el dominio pleno de sus instintos naturales y están capacitados para ver por el beneficio de la nación y no sólo por el interés individual. Por supuesto que tal concepción es la de un ilustrado que confía en que el hombre de Estado ha de ser sabio y ha de ejercer el poder provocando en la gente estimación por sus actos de honor civil; mismo que en opinión del propio Hobbes no es otra cosa que poder. “Por consiguiente —sostiene— ser honrado, querido de muchos, es honorable, porque ello constituye expresión de poder. Ser honrado por pocos o por ninguno, es deshonoroso”.<sup>3</sup> Prudencia, elocuencia, afabilidad, buenas maneras, valor... son poder. Pues tales valores producen la estimación pública del hombre de Estado. Los valores contrarios provocan el

<sup>2</sup> Thomas Hobbes, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (1651), México, FCE, 1984, p. 45.

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 73.

repudio y le restan poder. Y aunque hay otras cosas que dan poder como las armas, éstas usadas sin honor civil promueven la desobediencia y la deshonra. Por supuesto, únicamente habiendo conquistado la razón los hombres pueden poseer atributos como los antes enunciados.

En el presente la exigencia sobre los hombres públicos ya no es estrictamente que sean capaces en el sentido ilustrado —posesión de una inteligencia racional a toda prueba. La inteligencia emocional es hoy tan importante de ser destacada como la inteligencia racional.<sup>4</sup>

Diríamos hoy que alguien como George W. Bush, cuya inteligencia emocional es nula, dista de ser un hombre de Estado como el descrito por Thomas Hobbes. El representante de los norteamericanos *con poder* no es un individuo de razones. Aclaro lo de representante de los con poder, ya que la mayoría de los norteamericanos *sin poder* no son partícipes de la agresión contra Iraq, y de su inconformidad nos hablan las manifestaciones de descontento a través de las cuales se deslindan de la responsabilidad de la guerra, al repudiarla. La decisión tomada por Bush de optar por la guerra la hizo atendiendo a sus instintos primitivos (deseo-aversión).

Por supuesto a la luz del análisis de Edmund Burke o de Max Weber, George W. Bush tampoco sale bien librado, pues aunque de dos siglos, nacionalidades e ideologías diferentes, ambos autores, que se dan a la tarea de analizar lo que son los hombres de Estado (por decir lo menos acerca de ellos, pues ambos son pilares de las ciencias políticas y sociales y en el caso de Weber incluso de la ciencia económica), el presidente norteamericano no sería más que un *payaso rústico* que olvidando los principios de libertad y prudencia actúa bajo el caos de ligereza y ferocidad que es capaz de crear. Desde la perspectiva weberiana obviamente Bush es alguien que no tiene vocación y vive de la política y no para ella. Con los consecuentes daños que alguien así causa a su Estado, y en este caso al mundo, al vivir sólo de la política (con las consecuencias que Max Weber señala al respecto en su tan conocida obra *El político y el científico*).

También nos podríamos preguntar con otro autor ilustrado, como es el inglés Edmund Burke —quien exige para el mundo de la política verdaderos hombres de Estado—, sobre individuos como Bush y sus

<sup>4</sup> Para ahondar sobre esta concepción remitase el lector al interesante libro de Daniel Goleman, *La inteligencia emocional*, México, Vergara, 2001, donde el autor señala que la inteligencia emocional es aquella que nos permite tomar conciencia de nuestras emociones, comprender los sentimientos de los demás, tolerar las presiones y frustraciones a que estamos expuestos en el trabajo, incrementar nuestra empatía y nuestras habilidades sociales, con el fin de aumentar nuestras posibilidades de desarrollo social.

aliados, lo siguiente: “¿Quién podría dudar de que han de perseguir la satisfacción de sus intereses privados que entienden demasiado bien, por elevado que sea su costo para el Estado, acerca del cual no entienden nada?”.<sup>5</sup>

Éste es el tenor bajo el que podemos presentar hoy a un hombre cuya sinrazón lo ha llevado a liar al mundo en un caos de ferocidad y destrucción: él sólo vela por sus intereses particulares sin que los públicos le interesen porque de ellos no entiende nada. Y aunque entendiera ¿cómo podría comprometerse con la causa de las mayorías si por su personalidad narcisista —en sentido negativo— está incapacitado emocionalmente para comprometerse con causas de otros en las que no lleve ventaja personal?

Hay otro autor clásico de la sociología que puede echarnos luz también sobre nuestro personaje en cuestión. Para dicho autor las acciones humanas están orientadas de dos maneras: de forma lógica y de forma no lógica. Vale decir, que el hombre se mueve entre dos tipos de acción: la razón y el sentimiento. Me refiero a Wilfredo Pareto y a sus libros *Escritos sociológicos* y *Forma y equilibrio sociales*. En su teoría de las derivaciones señala dicho autor que la acción social en general está orientada por residuos (acciones no lógicas) y por derivaciones (acciones lógicas). Las primeras se refieren a los sentimientos y los instintos. Las segundas a la razón. Estas últimas son producciones lógico-experimentales que dan por resultado producciones de tipo científico y a todas aquellas acciones generadas por un pensamiento sistemático y lógico, mientras que las primeras son las producciones del espíritu humano (valores religiosos, éticos, estéticos). Lo cual significa que son acciones derivadas de la subjetividad humana, son acciones residuales que la razón debe justificar para darles una apariencia lógica. Esta teoría aplicada a los fundamentalismos, por ejemplo, nos conduciría a verlos como acciones no lógicas (no racionales). Trátese de fundamentalismos religiosos o materialistas.

Hago estas reducciones de los teóricos sin otro afán que el de mostrar cómo algunos clásicos de las ciencias sociales reconocen que la acción humana se mueve siempre entre los dos extremos señalados, y ya sea que se les llame amor y odio, deseo y aversión, *eros* y *thánatos*, razón y sentimiento, o como en el caso de Max Weber, sentido y razón, hay una especie de consenso acerca de que el hombre se mueve entre esos dos puntos opuestos, aunque, por otro lado, complementarios,

<sup>5</sup> Edmund Burke. “Reflexiones sobre la Revolución Francesa” (1790), en *Textos políticos*. México. FCE. 1984, p. 77

pues el equilibrio o la tensión son indispensables, y cuando el equilibrio o la tensión desaparecen para inclinarse la balanza hacia uno de sus lados, presenciamos inseguridad social, corrupción, ingobernabilidad, violencia e incluso guerra.

Atendiendo a lo que señala Hobbes sobre el deseo y su relación con la riqueza y la codicia, es más que evidente que George W. Bush ha desatado la guerra—desoyendo el clamor popular, a la mayoría de los gobiernos del mundo, a los organismos internacionales y a todos aquellos cuantos lo han pretendido contener— por la necesidad de expandir y diversificar el poder norteamericano (encarnado en su persona en primer lugar). No importándole las consecuencias. Y si Hobbes tiene razón, su afán lo conducirá a la deshonra, y ésta necesariamente a la pérdida de poder. Aunque si logra el dominio y la victoria plenos habrá conseguido imponerse irremediamente por la fuerza.<sup>6</sup>

A la luz del psicoanálisis una personalidad como la de W. Bush—un alcohólico, como él mismo ha reconocido ser: aunque se ha manifestado no activo, los rasgos estructurales de su personalidad son los de un adicto— actuará a toda costa para imponerse, no importándole a quiénes y a cuántos tenga que matar con tal de fortalecer su narcisismo. Cabe aquí una aclaración de tipo teórico, ya que hay una fuerte carga negativa hacia el término *narcisismo* que es necesario aclarar.

El narcisismo puede ser definido como el amor a la imagen de sí mismo en alusión al mito de Narciso, según Miguel Krassoievitch.<sup>7</sup> Existen dos formas de narcisismo, una benigna y otra maligna:

En la forma benigna, el objeto del narcisismo es resultado de un esfuerzo personal, como lo es el orgullo narcisista por su trabajo de un carpintero, científico o agricultor [...] En la segunda forma: [...] el objeto del narcisismo no es nada que el individuo hace o produce, sino algo que tiene, como por ejemplo su cuerpo, su apariencia, su salud, su riqueza etc. Es maligno porque carece del elemento correctivo que encontramos en la forma benigna.<sup>8</sup>

Hay una carta de 1932 que Albert Einstein envió precisamente a Sigmund Freud interrogándolo acerca de cómo hacer para evitar a los hombres el destino de la guerra. Esta carta también cobra hoy plena

<sup>6</sup> Hobbes, *Leviatán o la materia* [n. 2], p. 73. Acerca de si George W. Bush tendrá como saldo final la pérdida o ganancia de poder, después de esta guerra—que más bien debiera recibir el nombre de masacre— se puede especular al infinito.

<sup>7</sup> Miguel Krassoievitch, *Psicoterapia geriátrica*, México, FCE, 1998, p. 64

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 65.

vigencia, pues las interrogantes son las mismas que nos inquietan en el presente. En la respuesta que Freud le da a Einstein en 1933, sostiene: “Nos es imposible adivinar a través de qué caminos o rodeos se logrará este fin [el de evitar el destino de la guerra]. Por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra”.<sup>9</sup>

Permítaseme explicar brevemente lo siguiente. Si atendiendo a la teoría de los instintos (o sustitúyase si se prefiere el concepto instintos por el de pulsiones), el hombre se mueve entre dos extremos: los instintos de agresión y destrucción —que podemos llamar asimismo odio o repulsión— y los instintos eróticos también llamados amor o atracción. Freud tiene toda la razón al sostener que la guerra sólo puede ser evitada cuando la evolución cultural permita desarrollar mayormente los vínculos afectivos, de identificación, amor y solidaridad.

Si el poder finalmente no es más que la manifestación de la fuerza (ya sea a través de la superioridad intelectual, la fuerza muscular o la que se aplica a través de herramientas tecnología y armas) y si dicha fuerza se aplica sólo cuando se presentan conflictos de opiniones o conflictos de intereses, su uso desmedido sólo puede ser contenido a través de la superación de la violencia. ¿Cómo? A través de cuatro elementos que señala Freud en la carta de referencia: la conservación de la comunidad, organización de la misma, creación de preceptos que prevengan insubordinaciones (sometimiento a las leyes) y creación de organismos. Respecto a este último punto recuérdese que en 1932-1933, tanto Einstein como Freud estaban impulsando la fundación de la Liga de las Naciones (antecedente de la ONU).

Por supuesto estos elementos se prestan para un debate sin fin acerca de si la ley, los preceptos socialmente establecidos, así como la creación de organismos internacionales podrían representar algún dique que contuviera los intereses de los dueños del poder.

Si como el mismo Freud reconoce el poder es sinónimo de fuerza y ésta se emplea siempre que existen conflictos de intereses y el objetivo frente al enemigo sólo se alcanza cuando se le mata, entonces parece que la fuerza de destrucción imperará siempre sobre la razón, las acciones lógicas y el amor.<sup>10</sup>

Es precisamente en los vínculos afectivos —concretamente en los procesos de identificación y de amor— donde el propio hombre puede

<sup>9</sup> Sigmund Freud. “El porqué de la guerra”, en *Obras completas* [n. 1], p. 7.

<sup>10</sup> Dice textualmente Freud en la carta de respuesta a Einstein: “El objetivo se alcanza en forma más completa cuando la fuerza del enemigo queda definitivamente eliminada, es decir, cuando se lo mata”, Freud, *El porqué de la guerra* [n. 9], p. 1.

encontrar el freno a la guerra. Pero, ¿qué tan fuertes y difundidos se hallan los lazos de solidaridad a que dan lugar los procesos de identificación y de amor, como para erigirse en un dique que contenga hoy la gigantesca fuerza de la negligencia, la arbitrariedad, la expresión máxima del poder que es la violencia y los intereses de quienes le han apostado a la guerra hoy día? Muy difundidos, aunque a los pocos que monopolizan el poder a nivel mundial poco les importa.

En medio del exceso de “información”, que es la manera más efectiva de manipular y desinformar, resulta complejo tener bien claro por qué se quiere la guerra hoy, pese a esas multitudinarias manifestaciones solidarias en contra.

La explicación que yo me doy parece simple, juzgue usted qué tan certera es.

Creo que el nombre y apellido del personaje central de la guerra que he venido señalando —George W. Bush— sobresale de entre el caos informativo y es atribuible a él y a su padre George Bush (quien iniciara este conflicto en 1991 con la llamada *Tormenta del Desierto*), así como a sus nuevos aliados, la responsabilidad de lo que acontezca con el mundo a partir del estallido de la guerra. Y en general podemos decir que ellos son los enemigos visibles de la humanidad. Tal vez sus intereses son los recursos y el desarrollo de otro tipo de economía, así como la búsqueda de otro sistema hegemónico (geoestratégico), pero nada justifica la violencia y, efecto de ella, la destrucción que están llevando a cabo no sólo en Iraq sino en la propia cultura civilizatoria en la cual confiaban Sigmund Freud y Erich Fromm como vía para la trasposición de la guerra y la violencia.

Porque es claro que Iraq es sólo el pretexto para que algunas otras partes del mundo amenazadas por los intereses imperialistas de Estados Unidos vayan tomando medidas a la dimensión que podría tener una intervención en sus territorios al dirigirse hacia ellos para “instalar la democracia”, “acabar con el terrorismo”, “derribar a un dictador”. El pretexto es lo de menos, esta guerra es un poco el escaparate para que esos países que aún quedan fuera del control norteamericano vayan conociendo los “modelitos” más recientes de la moda tecnológica, con los cuales podrían ser atacados de no aceptar “negociar” su transición hacia la nueva configuración mundial.

Lo que trata de hacer el presidente norteamericano, en mi opinión, es demostrar su superioridad y la única manera de alcanzar su objetivo es matando. Su obsesión es demostrar que el poder está con él, no sólo frente al mundo sino sobre todo frente al padre (con quien seguramente

tiene una relación insana, de competencia, e incluso destructiva, emocionalmente hablando, por ser una personalidad adicta).

Debido a que Bush padre no pudo acabar con Saddam Hussein, y Bush hijo pretende demostrar superioridad para ser reconocido por el padre, seguramente que no descansará hasta asesinar a Hussein, ya sea de verdad o virtualmente. Porque una personalidad adicta requiere del reconocimiento, y a él le gana el narcisismo negativo, es decir, le gana el peso del *thánatos* y es matando como logrará “demostramos” a todos, su poderío.

Hasta hace unos días yo pensaba que seguramente la solidaridad internacional, que ha mostrado su potencial organizativo y de convocatoria en las manifestaciones multitudinarias en casi todo el mundo llenando las calles con las consecuentes consignas en contra de la guerra, se impondría y contendría los excesos necrofilicos de Bush, pero no ha sido así.

El presidente norteamericano no logró obtener la legitimidad que buscaba para su “causa” a pesar de la falta de apoyo de quienes consideraba sus aliados y al repudio de la sociedad civil, ya hemos visto que se ha lanzado con toda su arbitrariedad y fuerza —poder— contra un país que es rico en yacimientos petrolíferos, entre otros recursos, pero no en tecnología armamentística, como el propio presidente norteamericano se ha empeñado en sostener. Lo que frenó los intereses de George W. Bush y los de las élites norteamericanas, durante casi una década, después de aquella primera intentona del padre, no fue su “cautela” sino la abierta oposición de los países europeos —de cuyos consultados 84% expresaron recientemente que la mayor amenaza para la paz mundial la constituye Estados Unidos—, sino tal vez la falta de pretextos suficientes para arremeter nuevamente contra Iraq. *Today is the day*, como el propio Bush ha dicho, y las circunstancias límite, pero favorables, se le presentaron, así que no ha necesitado esperar más para emprender el ataque.

En la ponderación política del poder (en su expresión más pura que es la fuerza, como ya dejé dicho), tal vez la opinión de la sociedad civil no sea tomada en cuenta ni por Bush ni por sus aliados, pero en la consolidación de la cultura civilizatoria su manifestación en todo el planeta es sumamente importante. Éste tal vez sea el saldo positivo de la guerra, altamente loable, pues atendiendo a lo que Freud señala:

No podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque por razones orgánicas debemos serlo. Entonces nos resulta fácil fundar nuestra posición sobre argumentos intelectuales.



¿Cuánto deberemos esperar hasta que también los demás se tornen pacifistas? Es difícil decirlo, pero quizá no sea una esperanza utópica la de que la influencia de estos dos factores —la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura— pongan fin a los conflictos bélicos en el curso de un plazo limitado. Nos es imposible adivinar a través de qué caminos o rodeos se logrará este fin. Por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra.<sup>11</sup>

Con el mejor de los ánimos al leer este pasaje de la respuesta a Einstein, uno quisiera darle la razón a Freud y tal vez decirle: mire usted, doctor, que tenía razón, de 1933 a nuestros días somos cada vez mayor el número de pacifistas. Pero lamentablemente la realidad política nos lleva a ofrecerle “malas cuentas”, doctor, pues no sólo no se ha extendido la cultura civilizatoria a las élites gobernantes (ni tampoco a los pueblos cada vez más pobres del planeta entero), sino que éstas son cada vez más ignorantes y lo único que tienen claro es su interés particular, importándoles un bledo los otros, los que no son como ellos, los que no tienen intereses que compartir con ellos. Ojalá y pudiéramos hoy informarle sobre un mejor saldo, doctor, pero lamentablemente los hombres del poder son cada vez más necios, soberbios y enfermos. Así que la utopía de que la humanidad se convirtiera en su conjunto en pacifista, sigue siendo sólo eso, una esperanzadora utopía.

Por lo que podemos decir que la utopía freudiana no ha muerto, en un mundo donde parece que todas las demás ya fenecieron.

Ojalá que el único país que ha utilizado las armas nucleares y que tiene el arsenal más grande, las armas más sofisticadas del planeta, y un presidente *obsesionado* con la guerra y que se siente en obligación de *aleccionar* al mundo (quizá sea mal de familia y hasta de herencia genética), pueda ser frenado por la solidaridad y civilidad de la mayoría de los países del orbe, quienes saben muy bien que el “desarme”, la “democracia” y el “combate al terrorismo”, no son sino cuentos bien conocidos que quieren volver a contarnos los norteamericanos —ahora en voz de George W. Bush— bajo el nuevo título de *democidio*.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 7.